

Internet más allá de la muerte

■ Qué pasa cuando alguien se lleva a la tumba las contraseñas de acceso a la cuenta de correo electrónico



José Ramón Chaves
Magistrado

Hace unas semanas era noticia que un joven motorista fallecido en Puerto Rico fue embalsamado y montado en la motocicleta de sus amores para ser velado de esta guisa por sus familiares y amigos. De forma semejante, el mundo de la tecnología informática crea tales adiciones que no sería extraño que los deudos del informático adicto (cibernauta, hacker, bloguero...) adoptasen medidas para el enterramiento con el PC, Mac, iPhone o «gadget» similar.

Se trata de casos extremos, pero bajo este enfoque negro cabe preguntarse qué sucede cuando el común de los ciudadanos se lleva a la tumba las contraseñas de acceso a su cuenta de correo electrónico y hay terceros interesados en acceder a los mensajes y archivos. El problema no es teórico, ya que la correspondencia privada clásica (manuscrita, en sobre y con sello) ha sido sobrepasada por la correspondencia virtual, aumentando cualitativamente las posibilidades expresivas (pueden acompañarse archivos de documento, audio, imagen o vídeo) y aumentando cuantitativamente la información ofrecida (si los mensajes de correos electrónicos se envían por el servicio postal clásico, Correos y Telégrafos sería una compañía de tamaño superior a cien mil multinacionales de Coca-Cola).

Desde el punto de vista del Derecho, y parecidamente a lo que

ocurre con otros sistemas actuales como los teléfonos celulares portátiles, el correo electrónico contiene una ingente cantidad de datos de carácter personal que normalmente atañen a la esfera privada de las personas, y que están protegidos frente a las intromisiones ilegítimas por el Código Penal, por la actividad sancionadora de la Agencia de Protección de Datos e, incluso, por acciones civiles.

El problema brota en un segundo nivel, centrado en si tal «secreto» se extingue con la muerte del titular de la cuenta de correo electrónico, con lo que nadie podría acceder a su conocimiento, o si por el contrario los herederos u otros interesados pueden exigir el acceso dirigiéndose a las empresas proveedoras (Yahoo!, Google, Windows, etcétera). Recordemos que allá por el año 2005 se difundió que un juez de Michigan (EE UU) reconoció a la familia de un militar fallecido en Irak el derecho a acceder a la cuenta del correo electrónico de éste con el fin de poder recuperar sus últimos mensajes y fotografías almacenados, rechazando así el pretexto de Yahoo! sobre su política de privacidad.

Esta cuestión presenta una dimensión jurídica y una dimensión moral.

Así, muchos son los interrogantes jurídicos que deben ser resueltos caso a caso: ¿esos correos reflejan la voluntad del suscriptor o de alguien que tuvo acceso «inconsentido» a su contraseña?, ¿el mensaje responde a una voluntad seria o lúdica?, ¿hay garantías de que no se modificó posteriormente desde la misma u



otras cuentas de correo?, ¿qué voluntad prevalece en el acceso al correo corporativo, la de la empresa o la de los herederos del trabajador?, ¿los correos son de quien los emite, de quien los recibe, o es titularidad compartida?...

Además, no puede eludirse la preocupante dimensión moral: ¿corremos el riesgo de efectuar una intromisión póstuma en la intimidad y el derecho de imagen del finado?, ¿qué sucede si la viuda se entera de la existencia de una amante del marido?, ¿y si la empresa descubre la corrupción del trabajador?, ¿o si queda al descubierto algún teje maneje o afición inconfesable?...

No son discusiones bizantinas ni teóricas, ya que en general los correos electrónicos pueden ofrecer valiosas pistas informativas y confidencias espontáneas que pueden contribuir a solventar problemas jurídicos. No es difícil imaginar, por ejemplo, un procedimiento judicial sobre acoso o mobbing en que los correos electrónicos sirvan de prueba de su existencia (revelan voluntad de quien los inflige o el sentimiento de quien los soporta), ni tampoco sería extraño un procedimiento de investigación tributaria o penal

Más originales resultan las empresas que ofrecen el servicio de mensajería póstuma para dar cumplimiento a la última voluntad del difunto

donde el rastro del entramado figure tejido con correos electrónicos, o que ofrezca pruebas de un negocio civil.

Podemos avanzar que si habitualmente los herederos son destinatarios de la correspondencia privada del difunto, en buena lógica también deberían serlo de esas huellas electrónicas que son los castizamente bautizados como «emilios», pero lo cierto es que se constata una distinta actitud de las empresas de servidores del correo a la hora de facilitar el acceso de personas al correo electrónico de un difunto, dependiendo de la legislación del país respectivo: los hay que consideran los mensajes

un derecho personalísimo y como tal intransferible (salvo orden judicial), y otros que lo consideran un derecho patrimonial y como tal transmisible; también depende de quién lo solicite: hay servidores que lo facilitan a cualquiera que acredite un mínimo interés legítimo (material, para aclarar un negocio, o simplemente moral, para recordar al finado), y compañías que solamente lo facilitan previa acreditación rigurosa de la condición de heredero del finado.

En fin, saliendo de esas arenas movidas jurídicas, lo interesante es mostrar cómo internet ha irrumpido en estos yacimientos fúnebres de negocio. Por un lado, hay empresas de internet que ofrecen servicios «post mortem». Las hay que, como los bancos suizos, ofrecen un depósito de las contraseñas (no sólo de correo electrónico, sino de cuentas bancarias o similares) para facilitarlas, a la muerte del interesado, a quien éste hubiere señalado en vida. Otras compañías garantizan al interesado que a su fallecimiento comunicarán su viaje eterno con inmediatez y delicadeza a todos los contactos de su libreta de direcciones.

Más originales resultan las empresas que ofrecen el servicio de mensajería póstuma para dar cumplimiento a la última voluntad del difunto, comprometiéndose a enviar los mensajes «post mortem» a las personas que hubiera indicado y programado en vida; aquí cabe todo: agradecimientos, quejas, insultos, despedidas, reconocimientos de culpa, paternidades, felicitaciones de cumpleaños, etcétera. Afortunadamente, este artículo no ha sido enviado por correo electrónico desde el más allá...

La verdad de Israel

■ Recuerdos de un viaje en moto desde Jordania



Miquel Silvestre
Registrador de la propiedad y escritor

Israel está otra vez en el punto de mira de la opinión tras el abordaje de una flota de activistas antisionistas que ha causado al menos una decena de víctimas. Pero como suele ocurrir, pocos de los que hoy afilan plumas y lanzas han estado allí. Si lo hubieran hecho habrían visto que en Israel la seguridad fronteriza está en manos de niños. Alistamiento obligatorio. Los jóvenes están obligados a realizar el servicio militar, pero su aspecto fofo delata que aman más la comida basura que el sionismo. Van a perder la guerra si se siguen ablandando.

Yo crucé sobre una moto desde Jordania, recorriendo una zona presuntamente militarizada desde los acuerdos de paz de 1994. La realidad es que los militares árabes se estaban en sus garitas ajenos a todo lo que no fueran sus ronquidos. Cuando llegué a la frontera, el aduanero jordano tenía a sus pies un cajón lleno de

matrículas. Los árabe-israelíes cambian las placas de sus coches para cruzar. Los militares hebreos someten a los viajeros a un interrogatorio completo que tiene aroma a ópera bufa. «¿Ha visitado Marruecos?», me pregunta una chiquilla rubia con uniforme verde oliva y acento ruso. «Sí», respondo, «varias veces. Está al lado de mi casa».

En Nazaret me alojo en un convento que está lleno de españoles. Unos parecen de Opus; los otros, trotamundos izquierdistas. Han venido a protestar contra la ocupación y a pesar de ello los han dejado pasar. Voy a salir a por unas cervezas y me advierten las monjas del riesgo de la delincuencia común.

A Jerusalén se accede a través de una autopista de tráfico intenso. En la ciudad vieja hay legiones de turistas. Los alojamientos más baratos están en el Cuarto Musulmán. El palestino que regenta el Youth Hostel Hebrón me dice que los cristianos somos blasfemos porque igualamos a Cristo, un hombre, con Dios. Está bien, lo que tú digas, pienso, pero yo quiero ver dónde nació. Los



Miquel Silvestre, a su llegada a Jerusalén.

milicianos de Al Fatah no me quieren dejar entrar en Belén en moto. Es sólo una excusa para que use uno de los taxistas árabes autorizados a acarrear peregrinos. «No me da la gana», contesto. Al final, me dejan pasar. La iglesia de la Natividad alberga una garita para esta Policía política desde que en la última «intifada» usaran el templo como búnker y urinario.

Regreso al Estado de Israel sin que los militares judíos hagan siquiera ademán de detenerme. Será porque piensan que los terro-

ristas suicidas no saben montar en moto. Introducido de nuevo en la autopista, nadie objeta por mis maletas llenas de pegatinas de países como Siria, oficialmente en guerra con ellos. Tel Aviv es una ciudad anodina. Comiendo un kebab observo cómo viejos judíos ricos pasean por un parquecito en un intento de realizar ejercicio físico. La imagen es la misma que se puede ver en los paraísos artificiales construidos en el desierto de California como Indian Wells.

En Haifa encuentro Rosenfeld Shipping, una naviera que me sacará del país vía Chipre, pues ya no puedo regresar por tierra. Mi pasaporte está corrupto con un sello repudiado en la mayoría de países árabes. El precio del pasaje es escandalosamente caro, debido a los altos seguros que pagan todos los barcos que atracan en Israel. La encargada habla español porque es judía argentina.

«¿Sabes?», me dice cuando examina mi pasaporte, «tengo un primo en España. Allá es un tipo muy importante, pero por acá no lo queremos mucho. Es de izquierdas, periodista, y siempre ataca al país. Parece que no le gusta nada que sepan que es hebreo».

«Bueno», respondo mirando el letrero que tiene sobre la mesa con su nombre y apellido, «no se lo debéis reprochar demasiado, la mayoría de los periodistas en España no siente mucha simpatía por Israel. No se prospera en el negocio defendiendo el sionismo. Pero eso sí», añado con mi mejor sonrisa, por si cae una rebaja o un camarote exterior. Lo que no sabía es que Ernesto Ekaizer tuviera una prima tan guapa.